

10 n.º 1
1
San Pedro de la Universidad de Salamanca
D. Miguel de Unamuno.



Santiago de Chile Noviembre 20 de 1908
Calle del Dieciocho n.º 87.

Mui distinguido Señor:

Habiendo leído en una carta dirigida por Ud. a mi paisano, el Sr. A. Balsegas Sobor, que deseaba conocer algo de la vida política de nuestro notable estadista Diego Portales, me permito remitirle un opúsculo que sobre él escribí hace seis años. En ese rápido estudio, que demuestra a Ud. el campo de acción en que figuró su breve vida pública, podrá Ud. ver mejor al hombre y su obra. Se puede decir que durante su administración, que solo duró cinco años, hizo subir en merced a un país convulsionado, por el elemento militar, que pretendía adueñarse de las destinaciones de un país libertado del yugo por su espada, y sobreponiéndose al gran prestigio de la gloria militar, consiguió anularla, hasta el punto de estar los fundamentos estables del gobierno civil, desde 1830 hasta el momento presente, sin mas sacrificio que el de su propia vida, que fue inculcada en un motivo del ejército a los 44 años de edad.

Quiero decir cuando se habla de Quintanilla. Yo mismo he sido siempre un frenético admirador de Cervantes y un prueba de ello se incluye en el de varios sobre D. Quintanilla.

Con el mas profundo respeto saludo a Ud.

Su humilde servidor

Alejandro Carrasco Albano

P.D. Le llamo la atención al recorte impreso adjunto.

PORTALES

2

Sr. Don Alejandro Carrasco Albano.

Santiago, Junio 4 de 1900.

Querido condiscípulo y amigo:

No ha mucho tuve el gusto de expresarte que encontraba tu libro sobre Portales, magnífico. Espléndido te digo hoy, tanto más espléndido cuanto que ninguna afeción partidarista, peluconista o conservadora pudo poner la pluma en tus manos, siendo otra tu enseña política, sino la grandeza del personaje y un sentimiento de justicia que al timbre literario agrega para un timbre de honor.

En estos tiempos en que la decadencia de los caracteres corre parejas con la ambición de riquezas y placeres, tu *Portales* está llamado a ejercer una reacción saludable en las almas, a levantar a todos los caídos, a los esclavos de la materia, ante cuyos ojos tu obra pone de relieve, en ardientes pinceladas, al hombre abnegado y sublime que se dió todo entero a su patria, despreciando las tentaciones de la fortuna y regando con su sangre el edificio interminable de la grandeza nacional. ¡Su sangre! ¡su martirio! Hoy hace sesenta y tres años que esto fué consumado; y cuando yo considero el cúmulo de crímenes que se necesitó para prepararlo y ejecutarlo, y cuando contemplo que la víctima es el varón egregio, el verdadero padre de la patria, que de un cascarón viejo y desvencijado que nos legaron los guerreros de la Independencia, hizo una nave gallarda, la tripuló, la empavesó con primor y la lanzó a sus destinos gloriosos, me siento tentado a arrancar de la historia esa negra y horrenda página y a poner en su lugar un no sé qué más digno del personaje, algo como una tempestad de truenos y rayos, semejante a la que arrebató al fundador del imperio romano.